

las naciones. Los españoles somos unión de sentimiento religioso y sentimiento patriótico y, sin embargo, los gobernantes de nuestra Patria han olvidado las enseñanzas de la historia y se han olvidado de Dios a la hora de construir el orden social. «Nosotros queremos que Cristo reine en nuestra sociedad, en todos y cada uno de los cuerpos intermedios que integran nuestra idea de Estado.

Terminó con unas palabras de San Agustín dignas de meditar y que «deberán inspirar la atrayente y difícil tarea que supone cristianizar nuestra sociedad».

José María Piñol, encargado de cerrar el acto, aseguró que la tripulación de la pequeña nave «Speiro» bien merecía la poesía de cantores de la talla de García Sanchiz, del clérigo de San Millán de la Cogolla o del juglar de Medinaceli. Dedicó a esta tripulación unas preciosas palabras: «Sois, pues, una Orden Militar, como proclama incluso la cruz roja que campea en la cubierta de «Verbo», pero vuestra misión es epopeya de frutos a larga distancia y, por ello, no tenéis glorias inmediatas, ni vuestras gestas reciben aplausos...».

Rememoró dos grandes cruzadas encarnadas por los españoles: la Reconquista, en tierras de España, y la expansión de la Fe y, con ella, la lengua y la cultura de España: la Hispanidad.

Finalizó haciendo una breve alusión a Acción Española, señalando a «Verbo» como heredera de sus ideales.

Al final de la cena los suscriptores de «Verbo» tuvieron la grata y esperada noticia de la publicación del *Índice de autores y materias* de los números 1 al 200 de la revista.

María Begonia García-Conde del Castillo.

## DISCURSO DE RAFAEL BOTELLA

*Queridos amigos y correligionarios:*

*Este es un año especialmente triste; triste, en primer lugar, por las ausencias; este año ya no están con nosotros, Joaquín Ortiz de Zárate, Julio Garrido, Jerónimo Cerdá y María Teresa Donat (Q. p. d.), para ellos, desde aquí, un recuerdo y una oración.*

*Y triste también porque asistimos, como «convidados de piedras», al lento suicidio de un pueblo, «un pueblo —escribía Menéndez y Pelayo— engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, que emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le quedan...».*

*Un pueblo borracho de palabras vanas, de absurdos, «¡Lo importante es estar borracho, no importa de qué!», «il faut s'enivrer, n'im-*

porte de quoil», escribió un día Charles Baudelaire; de Futuro, de Democracia, de Convivencia Pacífica, de Tolerancia, de Constitución, de Estatutos de Autonomía..., es igual, lo que importa es estar borracho.

Por eso, al hablar hoy, en 1982, de temas políticos, porque como decía San Pío X, «es la política la que ha tocado el altar», necesariamente, aunque no se quiera, uno tiene que adoptar un «tonillo» ciertamente subversivo, porque en esta España pluralista, democrática y plebeya, donde «sólo en la comunión activa de los valores que proclama la Constitución está nuestra esperanza de convivencia, fuera de esos valores no hay sino barbarie, represión, suicidio y esterilidad» como nos enseñó, con su agudo magisterio, el pasado 8 de diciembre, el Presidente de las Cámaras, el ilustre propagandista, sedicente católico, don Landelino Lavilla. Entonces, así las cosas, hablar de política cristiana es altamente desestabilizador, dado que entre los múltiples y variados valores que recoge la Constitución, el único olvidado es Dios.

Y ya que hemos aludido a las palabras del 8 de diciembre pasado de don Landelino, recordar solamente que exactamente cincuenta años antes, otro no menos ilustre político español, don Manuel Azaña, esculpía ante el mundo la blasfemia de que «España ha dejado de ser católica». Entre estas dos blasfemias median exactamente cincuenta años, curiosa coincidencia.

Hablar de San Fernando como Rey significa hablar de la concepción católica, tradicional y española de la política, de lo que Vicente Marrero, con expresivo nombre denominó «el poder entrañable», el poder armónicamente identificado con la sociedad sobre la cual se proyecta, frente aquel otro poder, «mezzo bestia mezzo uomo» de que habló Maquiavelo en el capítulo XVIII de El Príncipe.

Frente a la frase que en 1528 pronunciara Martín de Azpilicueta, «El Reino no es del Rey sino de la comunidad», nos encontramos con lo que certeramente Marcel de Corte ha diagnosticado como el «conflicto entre lo político y lo social». Como consecuencia de este «divorcio» se nos aparecen dos fenómenos: por un lado, una especie de animadversión interna hacia lo político, y como fruto de este abandono de posiciones, una nueva forma de totalitarismo, más sangrante e inhumana que cualquiera otra conocida, el totalitarismo de la democracia.

Y es que, como nos recordaba Miguel Ayuso, en su conferencia del XX Congreso de los amigos de la Ciudad Católica, la política «ha ido a pasearse por el madrileño Callejón del Gato y, reflejadas sus facciones en los espejos cóncavos del esperpento valleincliniano, aparecieran distorsionadas y deformadas», esa es la causa de que se observe el «absentismo político», que en tiempos tan parecidos a los nuestros acusó Eugenio Vegas Latapié, esa es la causa de la animadversión interna hacia lo político. La política ha pasado de ser «el más noble oficio que existe en la tierra» como cantó aquel cronista del siglo XIII, Brunetto Latini, para convertirse en lo que D'Alembert denominaba «el arte de mentir a propósito», o que Voltaire explicaba con mucho más cinismo diciendo: «así como el arte de la guerra es el arte de destruir a los pueblos, la política es el de engañarlos»; por eso, los hombres de «orden», los «bienpensantes», como los llama Bernanos, sienten esa especial repugnancia hacia lo político. Es que ignoran el verdadero significado del término.

*El cristiano no puede y no debe refugirse en «ghettos», o esconder la cabeza debajo del ala; nos hace falta una política católica e íntegra, sin pactos y concesiones, sin cobardías y medias palabras.*

*Muchos se preguntarán ahora mismo el porqué de esta digresión sobre lo político. El porqué es claro; cuantas más posiciones abandonemos, cuantas más trincheras perdamos, más difícil será ganar la guerra a la Revolución. Tenemos, y en esto ha insistido por vocación fundacional la Ciudad Católica, una labor de regeneración y reconquista social, pero no podemos abandonar la actuación política, hay, como nos recordaba Miguel Ayuso citando a Maeztu, que «ponerle el cascabel al gato y apoderarnos del Estado».*

*Volviendo a hablar de San Fernando, nos damos cuenta de la importancia de la política, porque como nos ha enseñado Eugenio Vegas, es un sofisma que gusta presentarse como verdad axiomática aquello de que «los pueblos tienen los gobernantes que se merecen», lo cierto es que «los pueblos son lo que quieren sus gobernantes», y si España fue grande fue porque una legión de hombres como San Fernando quisieron esa grandeza. San Fernando, el Rey que constantemente repetía que su único anhelo era la gloria de Dios y la grandeza de su pueblo, supo imprimir en España toda la vocación de un Imperio. Eugenio Montes, en su Discurso a la Catolicidad Española así lo ha recogido: «El destino de España fue entonces, y volverá a ser si vuelve a ser España, el de convertirse en castillo de la Fe, para defender la catolicidad ahora y siempre, y más que nunca en aquellos casos y momentos en que la misma Roma, por flaqueza y desánimo, abate sus banderas ante el enemigo».*

*Donoso Cortés, que tan bien «caló» los problemas políticos, nos resume en la Carta a Doña María Cristina de Borbón, toda la lección de la política y los gobernantes: «Para reinar ya no basta con ser fuerte y justiciero: es menester ser caritativo para ser verdaderamente justiciero y para llegar a ser fuerte, y la caridad es la virtud de los santos. Los santos sólo pueden hoy en día salvar a las naciones que no padecen otra enfermedad, si bien se mira que la ausencia de las virtudes cristianas».*

*Pero no todo va ser tan serio esta noche; hay dos cosas que no me gustaría olvidar, son dos aniversarios: el primero, el cincuenta, aunque un poco retrasado de la fundación de Acción Española; el segundo, nuestro veinte aniversario, el veinte aniversario de la fundación de la sociedad de amigos de la Ciudad Católica.*

*Sobre este último, recordar sólo la cantidad de cosas que han podido acaecer en estos veinte años: cuatro Papas, un Concilio que desunió a muchos católicos, dos Jefes de Estado, una época de «diálogo» de la que la Ciudad Católica salió indemne, otra de «apertura», un proceso democrático y destructor, una ola criminal de terrorismo, gobiernos y desgobiernos..., la lista de sucesos sería infinita, pero nosotros podemos decir con una sencilla exclamación: ¡Aquí estamos!*